

bre de Dios, cómo puede ser americana la que ha nacido, como yo, en Matalebreras, lugar á dos leguas de aquí, camino de Soria.

—¿Qué nacido puede asegurar el lugar de su nacimiento? En cuanto al nombre, si el mundo engañado te conoce por Pascuala, para mí, desengañado, Cintia eres y Cintia te llamaré.

—No es feo nombre. Yo he notado que suelen ser bonitas las cosas falsas. ¿Y á tí cómo debo llamarte?

—Mientras estemos en este destierro expiatorio, llámame Gil.

—Gil, Gil—repitió la bella con sorpresa y susto.—Hace dos tardes pasé por la cantera y ví á los hombres trabajando... Me parecieron demonios. Por la noche soñé cosas horribles... Soñé que era yo piedra, y que me estaban barrenando en el corazón. Desperté al dolor de mis carnes taladradas por el hierro. ¡Ay, qué susto al despertar, y qué sudores de muerte! Oía los graznidos de una bandada de cuervos, y los cuervos decían *Gil, Gil...* y eso mismo, *Gil*, estuvo sonando en mis oídos aquella noche y todo el siguiente día.

—Oías mi nombre... Era el anuncio de que hoy nos encontraríamos en la fuente y seríamos novios.

—No sé...—dijo la moza; y mirándole de hito en hito, agregó un comentario mudo, guardado dentro de sí como impúdico secreto:—¡Y qué guapo es!... ¿Será verdad que he visto á este hombre en alguna parte?... ¿Dónde, Señor, dónde?..

Al llegar á la alameda, Cintia ó Pascuala,

como se quiera, dió orden de parar. “De aquí no se pasa.” Y Gil sintetizó su comedido anhelo en esta pregunta: “¿Estás conforme en que hablemos?”

Y ella, embebiendo su mirada en la de él, contestó con doble frase, una saliente, que fué: “Bien, hablaremos;” y otra entrante y no articulada: “¿He visto antes á este hombre?... ¿lo he soñado?... En sus ojos tiene toda la simpatía del mundo. ¿Me querrá de veras? Si su locura es de amor, en buen hora venga.”

Las últimas expresiones fueron para determinar dónde podían verse y hablarse. Puntualizó ella los sitios que creía mejores para la aproximación honesta de los presuntos novios, y Gil la vió partir embelesado de su airoso andar y gentileza. Dos veces volvió ella la cabeza para mirarle. Gil la seguía con mirar certero. Quería que sus ojos la llevaran hasta la puerta de la casita blanca; pero mucho antes de llegar á ésta, la figura de Cintia se desvaneció como una luz que se apaga.

## XI

Donde brillan con toda claridad la ternura y discreción de la hermosa Cintia.

Enloquecido quedó el buen Gil con el encuentro de la divina mujer á quien sin vacilación diputaba como la propia Cintia, transmutada de señora en villana por la mano hechicera que le había transformado á él. Pasó la



noche en inquietos delirios, y á poco de amanecer aplicaba al trajín de la piedra su fuerza muscular, cual máquina emancipada del pen-samiento. No tenía Gil amigo de confianza con quien comunicarse. El famoso burlador don Juan de Ablitas estaba en la cárcel, por haberle salido su aventura diametralmente al revés de como la hubo pensado. Fué al pueblo con la caballeresca ilusión de pegarle al cura, y éste, que era un hombracho como un castillo, le ganó velozmente la acción, destrozándole con recios bofetones toda la cara, pateándole después, y de añadidura requiriendo á la autoridad para que le metiera en la cárcel, como se hizo, procesándole por agresión sacrílega.

La segunda entrevista de Gil con la que ya era su novia fué poco después de anohecido, en una plazoleta próxima á la casa de ella; casa honestísima ciertamente, como lo era también la plazoleta, formada de una parte por la casa-cuartel de la Guardia civil, y de otra por un convento de monjas reclusas. Comprendió Gil que su novia disfrutaba de cierta libertad. En la vaga conversación sabrosa iba dando á conocer su vida y parentela, y diversas circunstancias que el mozo apreció como favorables para los incipientes y ya formales amores. Pascuala manifestaba su alma con graciosa sinceridad, y era honesta sin gazmoñería, honrada y pura sin la menor afectación. Gil se confirmaba en que tenía delante á la propia Cintia por un signo infalible, rasgo saliente y luminoso de la hermosa colombiana, que era la sana y dulce alegría, el sonreír largo que dejaba ver la más perfecta y blanca dentadura.

Era Cintia; sólo Cintia sabía decir conceptos delicados y conceptos comunes con aquella boca de ángel...

Ya en el encuentro ó aparición en *la Dehesa* había notado Gil que el lenguaje de la moza no era el habla tosca del pueblo campesino; se expresaba con limpia dicción y con notoria pureza gramatical. El enigma quedó aclarado con estas palabras de Pascuala: "Soy maestra. En Zaragoza, donde he vivido cinco años con mi tío don Bruno Borjabad, procurador, hice mis estudios, y tengo título... ¿Qué te creías? Ahora estamos esperando á que don Feliciano Gaitín, que es el mandón de estos lugares, nos cumpla lo prometido: darme una escuelita de párvulos en cualquier pueblo de esta comarca. Buena falta nos hace, porque mis tíos, con quienes vivo, andan atrasadillos por las malas cosechas y lo perdido que está todo."

Completó Pascualita su historial con estas referencias: "Vivo con mis tíos Saturio Borjabad y su mujer Baltasara, y esta casita es de unos primos míos por parte de madre, llamados aquí los *Almuerzos*, porque son de la sierra de este nombre, y se dedicaban al negocio del carbón. Ahora viven en Soria. Mi madre se llamaba Pilar Arabiana; dicen que era un poquito noble. Mis tíos los Borjabades tienen en Suellacabras dos ó tres telares, y allí viven mis primos, que fabrican sayas y capotillos de jerga. Con que ya tienes ante tí todo el mapa de mi familia. Al ponértelo delante, me río como ves... En mi parentela hubo nobles y plebeyos; hoy todos son pobres. Algunos viven de ilusiones, otros emigran, algunos trabajan



como negros... Yo, que en pobreza no tengo á nadie que me aventaje, les alegro á todos con mi alegría.

—¡Qué encanto de mujer! A Dios bendecimos y alabamos por haber hecho esa boca. Y á Dios le basta eso para ser grande..”

Terminó Pascuala la segunda entrevista despidiendo á Gil con la más dulce de sus risas, un empujoncito y esta frase donosa: “Vete ya, que no quiero enojar á los tíos... Me dan licencia de un ratito, y el ratito se va volviendo ratón..”

¡Ay, Gil, en qué soñador arrebató vivías! Y machacando piedras, dejabas que tu espíritu rodara por los espacios, chocando con estrellas y soles... Muy fuertes habían de ser los tirones de la realidad para que á ella volvieses... A la ya referida cita con Pascuala siguieron otras en el propio sitio, ó en un bosquecillo de acacias frontero al pórtico de las monjas. En aquellos ratos de dulce intimidad, el fuego de amor prendía con flamear gracioso en los corazones. La idea, nunca olvidada por Gil, de que se conocieron antes, en otra misteriosa y lejana vida, prendió también en la mente de ella, y á menudo decía: “Sí, Gil: yo llevaba en mí hace tiempo tu cara y tu ser todo..” Se confiaban sus pensamientos sin faltar á la pureza y corrección. Si él, llevado de su fogoso temple, acertaba la distancia honesta, ella le contenía con ademán grave y con su inefable sonreír, que valía por un mandato. Separábanse contentos, gustando de antemano un porvenir dichoso... Pero á la cita cuarta ó quinta, que en el número no concuerdan los

autores, Pascuala llegó junto á su amado con cara triste. “Esta noche—le dijo,—te traigo malas nuevas. Ya ves que no me río... y cuando no me ves reír, ya comprenderás que hay procesiones por dentro.

—Dime lo que hay—replicó Gil, disimulando su alarma,—que seguro yo de tu amor como tú del mío, podemos reírnos de toda procesión, aunque sea la del *Corpus*.

—No pasa el *Santisimo Corpus Christi*—dijo Pascuala:—lo que pasa es que tendremos que separarnos pronto... Mis tíos han resuelto que nos vayamos á Suellacabras, porque aquí está todo muy malo... Allí no nos faltará un pedazo de pan, y además...

—¿Además, qué?

—Que el señor Gaitín ha dicho que está á caer mi nombramiento de maestra. ¿Para qué pueblo? Eso... de Soria nos lo dirán...

—Pues no veo la procesión... Sí la veo... Te veo á tí marchando á Suellacabras con tu familia, y yo detrás... Dejaré mi trabajo y cuanto hay en el mundo por seguirte. ¿Cuándo nos vamos?

—¡Ay, Gil de mi vida! Tu falsa alegría no me sacará de mi tristeza. ¿No adviertes que esta noche no me he reído ni tan siquiera un poquito? Pues cuando mi boca olvida la risa, ¡cómo estará mi alma!... Te contaré todo; verteré de mi alma á la tuya todo el amargor que llevo dentro. Pensaba dártelo á traguitos; pero ¿á qué traguitos si es mejor decírtelo de una vez? Mi tío Saturio ha sabido que tú y yo... nos queremos. La tía se enteró y fué con el cuento al tío... Llamáronme á juicio esta ma-



ñana, y yo, que llevo siempre mi conciencia en la cara, saqué de mi intención toda la verdad antes de abrir la boca... Porque soy así, Gil... Díjeles que sí, que no tengo por qué ocultarlo, que te quiero y me quieres, y estamos los dos en la idea de casarnos... Así, clarito... ¡Vieras á mi tía cómo se puso!... Que es una deshonra para la familia... que habrá que oír á los *Almuerzos* cuando lo sepan. Y mi tío Saturio, con el temblorcillo de quijada que le da cuando se incomoda, y abriendo un ojo más que el otro, salió con esta sinrazón: "¡Una joven de tu mérito, Arabiana por parte de madre, y por tu padre de los Borjabades de Medinaceli, casarse con un peón rústico, un cascapiedras y rasca-lodos... ¡oh ignominia!..." Y luego la tía, saltando de la ira al sentimiento, lloriquea y me dice: "Pascuala, por cincuenta coros de ángeles te pido que no hables más con ese bruto. ¿Quieres tú que nos muramos de pena? ¿Para qué están en el mundo tus tíos más que para buscarte un marido de circunstancias y ser todos felices?..." En fin, que me han vuelto loca, sin que hayan conseguido rendirme. De esto que te cuento ha salido la idea de alejarme de tí..."

Maldecía el enamorado su suerte, trinaba y vociferaba mezclando las burlas con la ira: "¡Alejarte de mí! ¿Y no han discurrido esos tiorros impedir que salga el sol, y que los ríos se encaramen en los montes?"

—Espérate un poco. Hace algún tiempo que Saturio y Baltasara se ilusionan con la idea de casarme á su gusto. Dos novios para mí tienen puestos en remojo. El uno es un señorito de

Soria, que usa cuellos muy altos, y corbatas de colorines, hijo único de viuda rica, según dicen; otro es un chico de Almazán, que empezó estudiando para cura en El Burgo, y luego lo dejó, y se ha hecho perito agrónomo... Todo esto te lo digo para que te vayas enterando. ¡Ay, Gil de mi alma! ¿qué haré yo para ponerme ahora en contra de esta mala corriente de mis tíos; qué haré para desobedecerles sin perder el respeto y la gratitud que les debo?

—El amor es antes que todo, Cintia... Hoy te llamo Cintia porque con este nombre estás más unida á mí que con el de Pascuala. Y cuando tus tíos feroces te digan: "Pascuala, ven...", tú responderás: "No sé quién es esa que llamáis..."

—¡Ay de mí!—gimió agobiada la sin par mujer, inclinando su cabeza casi hasta tocar el hombro del cantero.—Hoy estoy muy triste, hoy no me río. Dime locuras; oiga yo tus locuras para que se me quite esta pena.

—¿Locuras? Pues tengo un martillo muy grande. Con él he roto las piedras más duras; con él partiré las cabezas de esos tíos sin entrañas, tíos peores que sobrinos de Satanás.

—Matar no... No me hables de muertes... Otras locuras has de decirme para que yo...

—Pues oye ésta que otra vez oíste y te tentó á la risa. Yo no soy lo que parezco. He pertenecido á una sociedad superior, y por fines de enseñanza ó de castigo he sido rebajado á esta condición plebeya en que me ves.

—Pues ahora no me río, no me río nada... Lo que hace tu Cintia es recordar que ayer mi amiga Felipa, la hija del mandadero de es-



tas monjas, me dijo que tú tienes aire de persona principal, y que se te puede tomar por un conde con ropa y manos de peón.

—Ya te dije anoche que Felipa me parece una mujer de gran agudeza.

—Algo hay en tí—dijo Pascuala sin perder su triste serenidad,—algo que... no sé decirlo.

—Pues yo lo diré, aunque te me pongas incrédula y burlona. Estoy encantado... Siendo quien soy, aparento condición distinta de la que me dió mi nacimiento... No me mires con esos ojos alelados, que no por quedarse lelos son menos bonitos que el sol. No me mires así, que ahora voy á decirte algo que te asombrará más. Encantada estás tú también, Cintia; pero no has llegado al punto de conocer tu propio encantamento. Lo sospechas no más. La primera vez que te ví, en la fuente, te lo dije y me tuviste por loco... Ahora no piensas lo mismo.,

Dió Pascuala un gran suspiro, dejando caer sus miradas al suelo. Sin levantarlas, murmuró esta pregunta: "Dime, Gil: ¿estar encantada es lo mismo que estar enamorada?"

—No es lo mismo; pero hay gran parentesco entre el encanto y un vivo amor. Como aquella tarde te dije, estás en el crepúsculo de tu memoria, del recuerdo de tu sér tal como fuiste antes de ser traída al estado presente.,

La actitud hondamente pensativa de Pascuala era como la de quien exprime con ahinco su memoria para obtener de ella una imagen, una luz. Por fin, suspirando con más fuerza, como bebiéndose y expulsando todo el aire que la rodeaba, dijo así: "Por momentos pareceme

que algo recuerdo; por momentos que no recuerdo nada.

—Ya recordarás, ya te convencerás.

—Pero dime: ¿en tal estado nos hallamos porque á él nos traen?"

—Sin duda.

—¿Quién?... ¿hechiceros?...

—O seres divinos, que con ello no quieren hacernos daño, sino mucho bien.,

Pascuala cruzó dedos con dedos, y enlazadas fuertemente las dos manos, las puso sobre el hombro de Gil, cargando sobre él el peso leve de sus brazos y el grave de su busto. En tal actitud puso su penetrante mirada en los ojos de él, y con intensa seriedad le dijo: "Pues quien nos ha encantado que nos desencante, Gil. ¿Quién puede hacerlo?"

—La Madre.

—¿Qué Madre es esa?"

—La tuya y la mía, la de todos.,

—Pero esa Madre, ¿dónde está? Yo no la veo.

—Es nuestro sér castizo, el genio de la tierra, las glorias pasadas y desdichas presentes, la lengua que hablamos.,

—¿Dónde está esa Madre?"

—Aquí, en todas partes. Vendrá... se dejará ver si la llamamos con la voz piadosa de nuestro amor.,

Oído esto, Cintia se levantó. Era hora de volver á su casa. Pasándose la mano por la frente y recogiendo de ella ideas quiméricas, las cuales arrojó al viento con gesto de diosa que se personifica en materia humana, expresó la triste orden de separación: "Mira, Gil: que las últimas palabras tuyas y mías que hemos



de decir esta noche, sean para fijar nuestro destino.”

Juntaron sus cuatro manos. Gil dijo así: “No necesitas jurar. Mándame que te siga, y basta.

—Quiero y mando. Sabrás por Felipa el día que salga con mis tíos. Si no cambian de ventolera, partiremos pasado mañana á la hora del alba. Aquí no nos veremos ya.

—Pero allá sí... Yo debo jurar, Cintia. Por la Madre tuya y mía, te juro que, encantados ó desencantados, serás mi mujer. Adiós.”

Se besaron como los ángeles, y la obscuridad de la noche asumió las dos figuras... una por acá, otra por allá.

## XII

Del conocimiento que hizo Gil con el industrioso mercader Bartolo Cíbico.

Trabajando en la cantera con desordenado empuje, el buen Gil dejó que las manos se entendieran solas con las piedras, sin el gobierno de la voluntad, y ardía en éstos y otros coloquios consigo mismo: “Buscaremos á la Madre... Madre, ¿dónde estás? ¿Te has subido al Moncayo, que es tu más alto trono, de donde puedes mirar á Castilla y Aragón?... Pero si allí estás, ¿cómo hemos de subir á la cima de ese monte mi Cintia y yo, que somos criaturas mortales, aunque encantadas?... Pensando, Madre, pensando dónde podríamos encontrarte, se

me ha ocurrido que tú no sólo habitas en las cumbres geográficas, sino en las cumbres históricas. ¿Estarás en Numancia, quiero decir, en lo que fué Numancia, que si algo queda de ella tú sabrás dónde está? He oído que cerca de Soria yace soterrado el cuerpo glorioso de aquella ciudad. Allá, allá iremos á buscarte.”

A la hora de comer, le llevó Felipa el recado de que Pascuala saldría con sus tíos al amanecer del siguiente día; y sabido esto, Gil no fué á la cantera más que para despedirse. Sorprendió á los compañeros y al capataz la despedida del mozo, á quien todos querían por su trato sencillo y buena conducta. A las explicaciones que se le pidieron, contestó que su oficio era modelador de yeso y estuquista, y que de Soria, donde tenía parientes, le habían propuesto trabajar en una obra de la Diputación, con jornal de cuatro pesetas para arriba... Antes de ir al parador, enteróse bien del camino que había de seguir; y recogida y bien liada su ropa en el hatillo con correas, se puso en marcha. Si los tíos de Pascuala partían al alba, él les tomaría la delantera, saliendo de Agreda antes de media noche, y así les ganaba camino para igualar en lo posible la diferencia de andadura, pues los Borjabades iban en carro y él no tenía más coche de ruedas que el de San Francisco.

Caminando ya con firme paso por la carretera de Soria, sus pensamientos pueden ser verbalizados de esta manera: “Parece que tengo libertad y no soy libre... Dentro de mí siento el hierro, siento la coraza del encantamen-



to, que no me impiden correr hacia la ideal Cintia para unirme con ella; pero que no me dejarían seguir otra dirección si tomarla quisiera. Encanto y amor van unidos, lo que es doble esclavitud y dulzura doble. Confortado por el amor, no temo los duros trabajos, ni la humillación, ni la miseria. Concédame la Madre vivir con Cintia en el hueco de una peña, como los aborígenes que vinieron acá con mi abuelito el hijo de Japhet, nieto de Noé. Viviremos en salvaje independencia, ignorados é ignorantes del mundo... Criaremos un rebaño de cabras; yo seré cazador... Domesticaré halcones y gerifaltes para resucitar la muerta y olvidada caza de cetrería... ¡Oh encanto de encantos!...

Así pensando, descendía por ásperas pendientes, y al amanecer pasó junto á la laguna de Añavieja, sobre la cual pesaba una manta de niebla perezosa. "Los que por aquí vivían— se dijo,—¿eran celtas ó iberos? No recuerdo lo que el pobre Augusto me contaba de la vida y costumbres de los españoles primitivos. Lo que yo sé, sin que él me lo haya dicho, es que no gastaban chalecos ni cuellos altos, y que su calzado había de ser muy cómodo... Me siento amigo de aquellos buenos madrugadores de la vida hispánica, y hasta doy en pensar que yo también madrugué, que fui un poquito prehistórico."

Viandantes encontraba pocos, y éstos de aspecto miserable; mujeres flacas cargando haces de leña; hombres que parecían enfermos y lo estaban de penuria y cansancio, luchadores de la vida, en completo vencimiento y derrota,

que iban en busca de una limosna en forma de jornal. Apenas dejó atrás la soñolienta laguna, que ya mostraba su cuajado cristal despejándose de la neblina, el paisaje le sugirió ideas menos tristes. En los collados verdegueaban matojos y chaparros; se oían esquilas de ovejas y algún silbo de pastores... Cuando más solo se sentía, encontró una cuadrilla de titiriteros. Abrían la marcha dos hombres y un muchacho á pie; seguía el carro entoldado, donde llevaban los avíos escénicos. Asomaban por el hueco delantero dos caras de mujer y medio cuerpo de una mona triste, achacosa y deslucida de pelo. Pararon en firme para dar respiro al tronco de burros, que acababa de echarse á pechos una empinada cuesta.

A los que venían á pie preguntó Gil si faltaba mucho para Matabreras. El que parecía capitán de la cuadrilla ó director circense, contestó al caminante que á la vuelta del cerro estaba Matabreras, y que si no estuviese allí ni en ninguna parte del mundo, nada se perdería, porque lugar más arrimado á la cola no había visto en lo que llevaba de aquella vida. Y el otro, que debía de ser el payaso, completó así el informe de su compañero: "Buen hombre, si llevas que comer, vete á Matabreras, y si no, pasa de largo, que en ese pueblo no ven en el forastero más que mismamente un ladrón que llega y les quita lo poco que tienen de comer. En dos puñaleras funciones que hemos dado, no hemos visto la cara de ninguna moneda del Rey, si no es la roña de ochavos morunos... Y no faltan pudientes; pero nos han tomado por gentuza que



trae acá la *corrupción* de los pueblos y el *turriburri* contra la religión... Y el otro, cólerico y vociferante, siguió así: "Vinieron dos cuervos, alcalde y curángano, á decirnos que si no ahucábamos pronto, nuestras costillas lo habían de sentir."

Bajo la curva del toldo dejáronse ver, agachándose, las dos mujeres desgrefiadas y pitafiosas. La una, que no era joven ni bonita, y aún conservaba en sus mejillas flácidas manchurriones del almagre y blanquete de la noche anterior, metió para adentro á la mona que allí estaba tomando el fresco, y soltó la catarrosa voz á estos bárbaros improprios: "Oiga, joven, ¿va usted á esa *Mataliebres* ó *Matachinchas*? Diga de mi parte al reladronazo del alcalde que me voy con las ganas de pasearme por encima de sus tripas y de machacarle las ternillas... Y á ese judío del cura dígame que me chincho en su corona, y que se vaya á descomulgar á la perra de su madre." La otra mujer, que en sus brazos había cogido á la mona y cuidadosamente la espulgaba, soltó después los clamores de su ira diciendo: "¡Pueblo *ignorante* y *farisón*! Pa esos gansos, el arte no es nada... To'l dineró pa misas, y los probes artistas que ladremos de hambre." Gil les consoló con medias palabras; gruñeron y blasfemarón los dos hombres; el jefe de la cuadrilla dió por terminado el descanso de sus burros; rechinó el carricoche. Con una despedida campechana se separaron, y Gil siguió su camino, lastimado del desavío de aquella pobre gente.

Avanzado el día, alto ya el padre sol, que acariciaba con sus rayos las espaldas del ca-

minante, éste llegó á las primeras casas de Mataliebreras, y como en aquel punto sintiese cercano rodar de carros, pensó que serían los de la caravana de Pascuala y sus tíos. Escondióse tras de un espeso matorro para verlos pasar, y en efecto ellos eran. En el delantero alcanzó á ver el rostro ideal de Cintia, y la desapacible carátula de don Saturio amparada de un ancho sombrero; vió sus manos nudosas con guantes de lana, apoyadas en el puño de un recio bastón... Tras ellos asomaba el rostro afligido y siniestro de Baltasara. En el carro zaguero iba un hombre desconocido, entre colchones, trebejos y calderería. La familia desgraciada llevaba consigo todo su ajuar, que era bien pobre.

Viéndoles internarse en el pueblo, recordó Gil noticias que le dió Pascuala del enfadoso don Saturio. Acariciaba este infeliz señor en su cacumen la manía de que las sierras del Madero y del Almuerzo guardaban en sus entrañas riquísimos minerales de plata y oro, y de bermellón ó cinabrio. No había más que abrir las peñas y hozar un poco en las tierras para encontrar tesoros tales, y bajo la seguridad de estas riquezas se escondía el barrunto de que, buscando plata, se encontraran esmeraldas y rubíes. Más de una vez derrochó sus mermados cuartejos en abrir pozos y calicatas de que no sacó nada valioso, ni siquiera la joya de su desengaño. Cuanto más vencido, más aferrado á su loca ilusión.

Pensaba Gil que tal vez don Saturio y su caravana se detendrían en Mataliebreras, patria verdadera ó fingida de la sin par Pascuala, y



no atreviéndose á entrar en el pueblo, temeroso de ser tratado en él como lo fueron los desdichados saltimbanquis, se situó á la salida, por donde á su parecer habían de pasar los viajeros cuando siguieran á Suellacabras... Serían las cuatro cuando Gil, escondido tras una cabaña en ruínas, vió aparecer los dos carros de la caravana, despacito, acomodándose al paso de varias personas que salían á despedirla. Entre ellas vió Gil á un cura inflado y de buen año, que debía de ser el mismo de quien la desesperada titiritera habló con ira y desprecio; á otro sujeto muy suelto de ademanes, que era sin duda el alcalde, y una pareja de humildísimo pelaje, que bien podía ser de las nobles alcurnias de Borjabad ó de Arabiana. Les siguió con la vista, hasta que en un repescho se dieron los adioses. Ocultóse Gil en espesura cercana, y hasta que se vió rodeado de intensa soledad campestre no emprendió su camino.

Aproximándose á una sierra, á ratos oía Gil el rechinar de los carros, á ratos no, según la vuelta que llevaban en los escalonados alcores. Así anduvo toda la tarde, y á punto de anocheecer, se fué metiendo en espeso pinar. Pensó el encantado caballero que andando de noche por aquel misterioso bosque se perdería; mas sin arredrarse por ello, penetró más y más pinos adentro, sin que la negrura de la selva ni la quejumbre dolorida del viento en aquellas bóvedas le impusieran temor. Ya le rendía el cansancio, cuando sintió sobre la hojarasca resbaladiza pasos que no eran de bestias, sino de un activo caminante... Le vió venir; fuése

á él, diciéndole: "Buen amigo, ¿voy bien por aquí á Suellacabras?", Y el desconocido, sin detenerse, le respondió con buen modo: "El mismo camino llevo yo. Paréceme que es usted nuevo en esta tierra. Yo me la sé de memoria. Oigame: aun andando sin parar toda la noche no llegará usted á Suellacabras antes de amanecer. Hay que tomarlo con calma. Del pinar saldremos pronto; sigue una nava no muy grande; luego un monte de hayas, boj y madroñera. Iremos juntos, y si usted no tiene demasiada prisa, descansaremos en un chozal de carboneros á media legua de aquí."

Agradó á Gil la cortesía del andarín. Pegada la hebra con franqueza locuaz por una parte y otra, no tardaron en hablarse como amigos: "Yo vengo de Agreda, y voy á Suellacabras en busca de trabajo,"... "Yo soy mercader ambulante que vengo de media España, y á media España voy. Llevo á cuestras mi comercio por dos razones: porque me ha quedado poco género, y porque en Aldea del Pozo se me murió tres días há la borriquilla que era mi tren de mercancías.", Oyendo esto, advirtió Gil que su compañero de camino, á más del envoltorio colgado á la espalda como mochila, llevaba sobre el hombro izquierdo un animalito que al pronto le pareció ratón grandísimo, y luego vió que era ardilla, atada de una larga cuerda que el buhonero liaba en su brazo derecho. A ratos, volvía el hombre su rostro hacia la mansa bestezuela, y pasándole la mano por el lomo le decía palabras de paternal ternura... Mas como hablador descosido, su mayor gusto era platicar con el compañero de viaje. "Si se



puede saber, dígame, buen amigo, en qué trabaja usted y qué oficio tiene.” Al oír que Gil venía de romper piedras en una cantera, expresó su disgusto y poca estimación de tal oficio, propio de hombres en quienes exclusivamente domina la fuerza muscular.

“Yo, como usted ve—dijo,—soy comerciante, para lo cual más que puños se necesita pesquis, y más trato con personas de todas clases que con piedras duras ó blandas. Desde pequeñuelo ando en el tráfico, y en él seguiré hasta que Dios me mande á comer barro debajo de la tierra. Y de todos los modos de comerciar, he preferido el que usted ve, que me ahorra gastos de tienda, luz, dependientes, y el quebradero de cabeza que dan los libros ó papeles de cuentas. No tengo familia ni ambición, y disfruto del local más ventilado y espacioso que puede imaginarse, que es el libre suelo de mi España querida. Total: que mi casa la barre el aire... En los buenos almacenes de las capitales compro mi género, y voy á surtir á las villas, aldeas y lugares. Aquí cobro, aquí pago: siempre me queda para un mediano pasar. En todos los pueblos me quieren, en algunos me alojan gratis, en otros me obsequian; recibo encargos; cumplo como un caballero; sirvo al ilustrado y al cerril, á las viejas regañonas y á las mozas guapas, al cura ronflante y á las monjitas de hablar gangoso y manos blancas. La lista de mis artículos no tiene fin: tijeras, cintas, agujas, carretes, peines, botones, alfileres, puntillas, plumas, lápices, sortijas, pendientes, alfileres de pecho y otras alhajitas falsas... estampitas, medallas de la Virgen del

Pilar, escapularios, corazones y rosarios... *ca-tones, fleuris*, cajitas de polvos, polvos para chinches, postales con niñas al fresco... *mas amén* de otras cosillas reservadas que vienen de donde vienen y van á donde van.”

Pasada la nava, vió Gil un resplandor que iluminaba los senos del inmediato monte. Internándose en éste, se hallaron en la clara donde ejercía su industria una cuadrilla de ahumados carboneros. Dos grandes montones de leña cubiertos de tierra ardían con lenta combustión, despidiendo la tufarada de la madera verde, y humareda sofocante; y no lejos de éstos que parecían altares druídicos, chisporroteaba la fogata, que era vivac y cocina de los humildes trabajadores. Cuatro hombres y un chico estaban en derredor de la lumbre á la mira de un cazolón. Dos tenían calada la capucha del capote y parecían cartujos, las caras más ennegrecidas que negras, no afeitadas, y de aspecto morisco y huraño. Acogieron los carboneros con franco agasajo á los dos caminantes, y especialmente al de la ardilla, con quien tenían antiguo conocimiento, y les invitaron á su mesa, que era un negro suelo sin manteles. No lejos del cotarro, dos pollinos echados dormitaban pacíficamente.

Los trajinantes, que á hora tan avanzada tenían más hambre que Dios paciencia, no se hicieron de rogar para ponerse en el ruedo y participar de la frugalísima cena, que era un guisote prehistórico, céltico, antídiluviano, compuesto de cecina de cabra y zoquetes de pan, seguido de queso duro y piñones. Todo les supo á gloria, y la conversación que



amenizaba el banquete versó sobre diferentes chismes de los pueblos cercanos. A la claridad de la hoguera que el chiquillo atizaba, pudo apreciar Gil la persona y rostro del comerciante andariego. Era un hombre acartonado en los años medios de la vida, enjuto de cuerpo y de regular talla, piernas de mozo y cara de vieja, con ojuelos negros, chiquitines y vivarachos como los del animalito que agasajaba. Retirados á donde se les ofreció lecho de hoja seca junto á unas hayas, el buhonero, que no podía dormir sin prepararse al sueño con un poco de palique, agregó á lo dicho estas noticias de su persona:

“Yo me llamo Bartolomé Cíbico, y nací en un lugarejo que llaman Taravilla, tierra de Molina de Aragón. Con diferentes motes soy nombrado en los lugares donde tengo mi parroquia. En Aragón me dicen el *Paniquesero*, por este bicho que llevo conmigo, al cual llaman allí *paniquesa*; en Navarra me apellidan el *Prisitas*, porque soy muy vivo para el despacho; en la parte de Aranda me conocen por *Corre-corre*, y aquí, en lugares de Soria, no habrá nadie que no le dé á usted razón de *Bartolito*.” Corresponió Gil á estas confianzas con otras, diciendo y callando lo que le convenía.

Y á la mañana siguiente, sentaditos los dos en un soto á la vista de Suellacabras, desayunándose con mendrugos, Gil determinó franquearse con Bartolito, pues tales cualidades de agudeza y metimiento había descubierto en él, que no dudó sería un excelente auxiliar en el negocio que á tal pueblo le llevaba. Después

de prepararle con insinuaciones sutiles, le dijo que no venía de las canteras de Agreda por buscar trabajo en otra parte, ni por nada tocante á la vida material, sino por la busca y seguimiento de una linda mujer con quien sostenía lícitos amores. En tan singular hembra se reunían la belleza, la virtud y la discreción. Ella y él querían casarse; pero sus anhelos se estrellaban en la oposición de unos tíos... que eran los tíos más perros que Dios había echado al mundo.

Interesado en el cuento, Cíbico pedía claridad, nombres, nombres; y cuando oyó á Gil mentar á los Borjabades, llevóse las manos á la cabeza, exclamando entre serio y festivo: “¡Don Saturio, Virgen del Tremedal! ¡El primer chiflado y el primer cicatero de este mundo, del otro y del de más allá! Le conozco, por mi desgracia... Sé quién es la chica. La ví en Zaragoza cuando estudiaba para maestra... ¡Vaya, vaya! ¡Don Saturio! pues no le ha caído á usted floja viga encima del cráneo. Ya sabrá que anda buscando piedras preciosas. Boñigas y cascarrias le daría yo. A cuenta que para piedra preciosa, bastante tiene con Pascualita... Que la venda, y...”

—Eso quiere él, Bartolo—dijo Tarsis-Gil:— venderla; pero yo no se lo consentiré, y usted me ayudará.”

Mostróse Cíbico en tan buena disposición para secundar los planes del amigo, que éste se aventuró á proponerle mediación ó tercería para comunicarse con la bella moza. Gil se mantendría escondido en cualquier hostel ó parador, y Cíbico, con el mete y saca de su



ambulante comercio, podría llevar y traer es-  
quelas ó recaditos.

Brillaban con cierta malicia rufanesca los ojos de Bartolito cuando dijo: "Sí, sí: lo haré de muy buena conformidad, porque á ese tío le tengo yo gana por una judiada que me hizo el año pasado, y aguardaba yo coyuntura de co-brársela. Ahora es la mía. El viejo carcamal, desesperado de no encontrar oro ni diamantes, quiere hacer negocio con la California de su sobrina. Pues ahora nos veremos. Hoy mismo, amigo Gil, empezaremos á trabajar el negocio. Don Saturio estará alojado en casa de esos que llaman los *Almuerzos*. Pues allá me voy con mis pacotillas, echando por delante toda mi agudeza. Y para que se entere usted de quién es ese tío marrullero, oiga este golpe. Diez meses há, me encargó una lente de gran aumento, de esas que llaman *lupas*, para examinar los granitos y polvitos que á él le parecen de oro. En Zaragoza compré la lente, y era tal que con ella veía usted los pelos del sobaco de una pulga... Se la traje... y el muy pindonguero, después de usarla muchos días, no quiso pagármela. Díjome que se había enfermado de la vista, porque el cristal tenía maleficio y qué sé yo qué. Resultado: que ni me pagaba, ni me devolvía el artículo... Lo que digo: hoy mismo empezamos.

—Yo le quedaré á usted muy agradecido, señor Cíbico—dijo el mozo con timidez,—y si salimos triunfantes, le recompensaré... Hoy habría de ser con alguna cortedad, porque ando escaso de moneda; mañana, otro día...

—¡Oh! no hablemos de eso—replicó el mer-

cachifle con voz y ademanes de delicadeza.— Ya nos entenderemos... y lo que usted dice: á triunfar, á reventar á ese pelma y deshacerle la combinación. Bien veo yo, y perdone... bien veo que usted no es un cualquiera. Me ha dado en la nariz que aquí hay principalía, que debajo de un Gil hay un Torongil... ¿No me entiende?... Hágame el favor de enseñarme sus manos.."

Mostró el caballero sus manos, y el ladino Bartolo las tocó, y apreció su dureza y callosidades. Después hizo lo propio en el antebrazo, apretándolo para enterarse de la tensión acci-rada del biceps. Hecho esto, y clavando en Gil sus ojuelos vivarachos, le dijo: "Amiguito, las manos y brazos son de cavador ó de cantero; pero la cara, el mirar, el habla, son de otra calidad, son de otra encarnadura. A mí no me la da nadie. Soy perro viejo, que ha visto mucho mundo... Debajo del sayal hay al... y punto... Ya hablaremos, señor don Gil.."

Diciendo esto, dió á la ardilla todo el largo de cuerda, que era como unas varas de libertad. Subióse el animal á un árbol con graciosa presteza, y después de brincar de rama en rama, persiguiendo los pajarillos, estuvo espulgándose y limpiándose el hocico hasta que el amo la llamó á su amorosa tutela, mostrándole cortezas de pan: "Ven, rica... Vená mi *paniquesa* bonita y salada... Baja, toma... ¡Ay, qué juguetona y qué enredadora es la niña de su padre!.."

Llegáronse cautelosos hasta las primeras casas del pueblo, y en una de éstas, que era casa de amigos, aposentó Bartolo á Gil, enca-



reciendo la familiar asistencia. Luego partió á su correría mercantil, y tan diligente estuvo en lo tocante al negocio del amigo, que á media tarde le llevó noticias de su novia. "Entré en la casa de sus primos, y mi buena estrella me deparó el ver á Pascualita. Me compró unas peñas que no pienso cobrarle. Después, aprovechando un momento en que nos quedamos solos, le hablé de Gil. Se puso muy colorada. Yo le dije que estaba usted en lugar seguro... y ella mudó de color; díjome que su tío... ¡Porra, qué tío!... "Pues sabrá usted que don Saturio se avistó esta mañana con el Gaitín que vive en Suellacabras, y concertaron que la Guardia civil le prenda á usted por vago, y le lleve atado codo con codo: ¿á dónde? ya no me acuerdo... Esto me lo dijo la niña secreteando... Apareció la tía con su cara de alcuza y no pudimos hablar más. No hay que apurarse, amigo. Aquí no han de cogerle. La gente de esta casa es de toda confianza... Ahora voy á dar una vuelta por el pueblo, á ver si cobro algunos picos... Le traeré á usted una cédula; rompe la suya, y toma con nueva cédula otro nombre."

Intranquilo estuvo Gil hasta la noche y hora en que Cíbico le llevó con la cédula noticias peores. Había vuelto á la casa de Pascuala, que aterrada y trémula le entregó este mensaje, rápida y nerviosamente escrito en un papelejo: "Vete corriendo de aquí, y lleva la cédula que te dará Bartolo... Escóndete de Guardia civil... Irás vuelta de Soria rodeo largo. En Soria estaremos viernes. Bartolito daráte señas... Bartolito amigo bueno... Bartol...", No siguió

escribiendo... Gran susto... Oyóse el carraspeo de don Saturio como una tempestad cercana.

### XIII

Prosiguiendo en su vaga peregrinación, el encantado caballero va camino de Numancia.

Ganada la confianza con el largo palique, Bartolo y Gil llegaron á tutearse. "Fíate de mí—dijo el pacotillero, dejando ambos los duros colchones á punto de amanecer.—Tú sales ahora, y yo contigo para llevarte, con el resguardo de mi persona bien acreditada, hasta las ruínas de un castillo de Templarios que tenemos como á un cuarto de legua. Allí te guareces; allí me esperas, pues acá me vuelvo á despachar mis cobranzas y recibir encargos. Al mediodía nos reuniremos para encaminarnos despacito hacia un pueblo de pesca que llaman Renieblas, donde tengo trabajo lo menos para tres días. Tú sigues por las veredas que te indicaré, bien apartadas del camino donde podrás encontrar los malditos tricornos. Y si los encontrases, fíate de tu cédula y no corras, aunque no esté bien decir de la cédula lo que de la Virgen decimos; y si apurado te vieres, te haces pasar por criado mío, que para esa comedia te daré un paquetito de medallas del Pilar, dirigido al ama del